

HÉCTOR PEREA

LOS PÁRPADOS DEL MUNDO
(cuentos 1978-2001)

MÉXICO-MADRID, 2007

1ª edición, octubre 2007
Colección *Mirada Narrativa* 03

© Héctor Perea, 2007
© *La Mirada Malva*, 2007
© Fotografía, Ramón García Oliva

Diseño de portada: Mauricio Pontillo Gálvez

Reservados los derechos de esta edición para
Editorial *La Mirada Malva*
c/ Vitoria nº 6, 28223 Pozuelo de Alarcón
Madrid – España
Teléfono (34) 915 189 899
www.miradamalva.com

ISBN-13: 978-84-935205-4-0
DL.: SE-

Impresión Publidisa
Impreso en España

A Carmen

ÍNDICE

Aviso	9
Imágenes rotas	11
Figuras en el paisaje	21
Final trucado	25
Interior. Espejo. Día	29
Un caso	45
Un hombre sentado en una cafetería	49
<i>Q-Zar</i>	59
Los párpados del mundo	65
El negro Cuparis	73
A contraluz	75
¿El fin de la muerte?	79
El ojo del blanco	85
Profesión: reportero	89
La silueta del pulpo	95
Reencuentro	109
Los ruidos naturales	113
Rutina	135
Ubre urbe	137
En tránsito	143
Aguasvivas	151
Claroscuro	165
Frasco de suspiros	177

AVISO

El presente libro reúne una selección de narrativa breve escrita a lo largo de más de veinte años.

Aparecidas en *Imágenes rotas* (México, 1980), *Aboli bibelot* (México, UAM, 1982), *A contraluz* (México, Editorial ASBE, 1989), *Aguasvivas* (México, El Ermitaño, 1997) y *Frasco de suspiros* (Madrid, Mañana es Arte, 2002), libros de corto tiraje y precaria distribución, las narraciones incluidas se redistribuyen ahora en forma libre dentro de esta nueva edición.

Parte del material considerado fue escrito dentro del taller del Centro Mexicano de Escritores, entre 1980 y 1981, o como miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte de FONCA durante la década de los noventa y principios del presente siglo. Pero también, para esta selección tomé en cuenta algunos de mis primeros textos de narrativa breve, escritos a caballo entre México y España hacia finales de los setenta y publicados en ambos países dentro de libros colectivos.

Los párpados del mundo no oculta su filiación con algunas corrientes literarias y artísticas del siglo XX o la admiración sentida por determinados autores, algunos

de los cuales se convertirían en hitos generacionales. En estas páginas se notará además la presencia ineludible del cine y de la pintura, dos medios hermanados con las letras por derecho propio.

Héctor Perea

IMÁGENES ROTAS

a Susana y Samuel

Quedé colgada de una raíz que salía de la tierra. Pedro me gritó que me estuviera tranquila, sin moverme. Me agarré bien fuerte, para no rodar por la pendiente hasta el río. Comenzó a trepar hacia mí. Me entró miedo de que los bichos se me subieran, pues así, agarrada de la raíz, no podría defenderme. Le grité que no podía más y él se detuvo un momento: me miró.

El olor a podrido de la hierba me mareaba y casi no podía tener los ojos abiertos. El coche se hundía en la niebla. La carretera bordea el desfiladero. De noche es más impresionante. Mucho más. Del otro lado del desfiladero está el valle. Me levantaba temprano con la ilusión de ver la montaña desde la galería de la casa. Siempre allí, como repujada en el cielo. Mi primo recargó la cabeza en el vidrio de su puerta. Lo empañó con vaho y escribió mi nombre. Le dije que era un tonto, que no estaba para bromas. La cabeza me daba vueltas. Todo giraba. Sentí los muslos húmedos, calientes. Me entró miedo. Estaba atarantada y no podía recordar. El coche zigzagueando en las curvas.

Se oía el motor del coche, el rechinado de las llantas. La niebla era cada vez más espesa y no se distinguía el desfiladero. Pero allí está. Y del otro lado el pueblo, en el valle, en las faldas de la montaña. Abajo pasa el río. Pasa por el pueblo y sigue serpenteando hasta el desfiladero. Se escurre por la barranca del desfiladero y sigue hasta Ribadesella. Hasta el mar. Es ya de madrugada. Bebimos demasiado en Ribadesella. Si no se apura Eugenio no llegaremos a Oseja antes de que salga el sol. A veces la niebla se pierde en la oscuridad. Pero siempre reaparece tan delgada que es casi transparente.

—Alicia, ven, acuéstate conmigo. ¿Me quieres Alicia?

—Claro que te quiero.

—¿Crees que soy bonita?

—Desde luego que sí. Tápate bien, que voy a poner más agua caliente en la bolsa. No te destapes.

—No, Alicia, no te vayas. Estoy bien tapada. Te quiero. Quisiera ser como tú. Me gustan tus senos. De seguro que a Eugenio le gustan.

Tengo frío. Quisiera tener la bolsa de agua caliente. Y taparme con la cobija azul. Tapar mis ojos y no ver el río allá abajo. No puedo más. Y Pedro no deja de mirarme. Le grité que no podía más. Ya no sube, sólo me ve. Tengo la espalda mojada por la hierba. Sí,

ya sube. No debí trepar. Pero me dio coraje que me dijera que era yo una cobarde. Que ya sabía que me iría andando por la carretera y no por el monte, como lo hace él, que “lleva a Sajambre en las venas”. Lo hizo a propósito. Quiere que me desbarranque por el monte, lejos de la casa.

La entrada del comedor está justo frente a la biblioteca. Y en medio está la sala. En la sala hay una vitrina con un pájaro disecado y un pequeño librero casi lleno con libros de Estefanía. De la pared cuelga un calendario francés que reproduce sobre una superficie brillante un perfil griego: un boceto de Cocteau. Lo veo desde el sillón rojo, empotrado en la pared. Debajo de la ventana que da al jardín y a la verja y a la montaña. Eugenio colgó la grabadora del rosal del jardín. Apenas escucho la música. La ventana está cerrada. Los muros son demasiado gruesos. Por eso no entra calor a la casa. Encendíamos la chimenea del comedor para que el calor subiera y entibiara los muros del cuarto de arriba. Con el frío me dolía la cabeza y el olor de la hierba me producía náuseas. Siento los muslos pegajosos. Quiero decirle a Alicia. Pero no quiero que me escuchen mi primo y Eugenio. Si Eugenio no se apura no llegaremos a Oseja antes de que salga el sol. Me duele la cabeza. Pedro tiene la suya recargada en el vidrio. No quiero que voltee.

No quiero que me vea. Escribe mi nombre en el vidrio empañado.

—Alicia, acuéstate conmigo. Abrázame. Me da vergüenza que Pedro vea mis senos. Son muy chicos. Me gustan los tuyos. Acuéstate junto a mí. Mañana te despierto temprano para que veamos la montaña y vayamos a cortar zarzamoras a la ermita. Eugenio me dijo que allí se iban a casar y que la comida la darían en Pío. Pero que había que cruzar por el monte y no por la carretera. Yo me quedé colgada de una raíz. Así no va a llegar nadie. Mejor.

Me cogió de la cintura. Se agarraba fuerte de la raíz para que no fuéramos a rodar por la pendiente. De haber seguido por la carretera ya estaríamos en Pío, bebiendo jerez y viendo al mudo cortar la leña. Me dijo que soltara la raíz y cogiera su brazo. Después su cintura. Tiene las mejillas rojas.

No consigo mover las piernas. El campo es rojo. Las montañas son rojas. Y también la hierba. No puedo sacar las piernas del río. El agua —roja, caliente, pegajosa— me cubre las piernas por completo. El rojo del campo me ahoga y quiero quitarme las cobijas. Algo roza mis piernas. Pedro suelta la raíz y se afianza de un matorral. Algo bajo mis piernas. Yo no lo suelto a él. Abajo está el río y lo escucho. Tiene las mejillas rojas. No, no es Pedro, es Alicia. Me abraza. Pone su mano

en mi frente.

—No seas idiota, Pedro. No te me acerques. Borra eso. Me siento mal.

—Te quiero.

—¡Déjame! No quiero que me toques. Eugenio, quiero llegar a Oseja. Me siento muy mal.

—Recárgate en mi hombro.

—No, no quiero. Borra mi nombre del vidrio.

Sí, ahora me acuerdo de Eugenio, Alicia y Pedro tomando jerez en La Fonseca. Sentados todos en la terraza cubierta de hiedra que da a la calle. Por la ventana del baño de La Fonseca se ve un costado de la iglesia. Y al fondo están la montaña y la niebla que comienza a bajar al atardecer. Desde la ventana huelo la hierba húmeda. Quisiera bajar y correr por la hierba, quisiera pasar mis dedos por las gotas de rocío y cortar zarzamoras. Pero... Alguien entró al baño.

No escucho sus pasos. Está descalzo. Debe ser Eugenio. Alicia está junto a mí, me abraza. El agua corre por el lavabo. No tengo ganas de moverme. La cabeza me da vueltas y los ojos se me cierran. Es Pedro, quizá. Se lava. Pero aún no amanece y hace frío. Podría ser Alicia. No, ella me abraza dormida. Quiero a Alicia. Me gusta su pelo. De seguro que a Eugenio le encanta. Los ojos se me cierran. No entiendo lo que me dice. Sí, me abraza,

acaricia mi frente. Toca mis labios con la yema de los dedos. Sí, me abraza, pero ya no es ella. Alicia está en el baño. Me besa el cuello, su lengua resbala por mi garganta. Y algo se desliza entre mis piernas. Algo cálido, como el campo. Su aliento es ya mi cuello. Alguien está en el baño, seguro. No escucho sus pisadas. Pero sí el agua que corre por el lavabo. Mi pelo está húmedo y pegajoso. Huele a hierba mojada. Sus labios besan mi cuello. Pero no son los de Alicia. Ella me abraza. Pero no es ella en realidad. Me gustan sus senos. Siento vergüenza de que Pedro y Eugenio vean los míos. No quiero que Pedro los toque. Quiero que borre eso del vidrio y no se me acerque. Necesito llegar a Oseja. Bebimos demasiado en Ribadesella.

—Bebimos demasiado en Ribadesella. Necesito acostarme. ¿Falta mucho?

Con luz de día, desde la carretera, se ve el río. Allá abajo, en la barranca, en lo hondo del desfiladero. Pero el coche hace demasiado ruido y no se escucha el murmullo del agua. El coche se hunde en la niebla. Pedro empaña de nuevo el vidrio. Escribe mi nombre. Lo quiero borrar pero no me atrevería a moverme. Siento las piernas pegajosas. Debo hablar con Alicia. Y tengo miedo. Eugenio me quiere. Aunque más a Alicia, claro. Van a casarse en la ermita abandonada.

—Pedro, no aguanto más. Me voy a

rodar hasta el fondo.

—Cógete fuerte, ya casi llegamos. No voltees abajo. No veas el río.

La grabadora de Eugenio cuelga del rosal del jardín. La veo reflejada en la vitrina del pajarraco. Casi no se oye la música. Detrás de la grabadora se encuentra la verja y más allá la montaña. Todo está reflejado en la vitrina. El dibujo de Cocteau, pasado a una superficie de espejo, luce una parte del librero lleno de westerns de Estefanía. Detrás del librero, del otro lado del muro, está el comedor. Su chimenea calienta el muro del cuarto de arriba. Allí dormimos Alicia y yo. En nuestro cuarto hay dos puertas. Una da al pasillo que lleva al de mi primo y Eugenio. La otra conduce al baño. Se apagó la luz. No escucho el agua del lavabo. No hay más pasos. Ella me abraza.

Al fin las luces del pueblo. Debo hablar con Alicia y limpiar mis piernas. Quiero acostarme. Y no pensar. La niebla desaparece y reaparece de nuevo, casi transparente. Pedro me quiere. Y Alicia y Eugenio. No quiero que escriba mi nombre sobre lo empañado ni que se me acerque. Ya casi llegamos. Allí está el pueblo. Tengo la espalda mojada. No quiero caer al río. No quiero rodar por la pendiente hasta el río. Si suelto a Pedro rodaré por la pendiente. Se agarra con fuerza del matorral. Y el matorral y su cuerpo tapan

el río y ya no lo veo. Al fin puedo recargarme en el matorral húmedo. Pedro me mira. No quiero que vea mis senos. Acaricia mi pelo. Sus dedos huelen a la hierba y no quiero que escriba mi nombre. Me abraza. Las ramas y las espinas se encajan en mi espalda. Si me muevo rodaré hasta el río. Sus manos en mis senos. Tendrá sus manos sobre mis muslos. Algo se deslizará, se derretirá entre mis piernas. El matorral moja mi espalda. Sus manos tibias, como el campo cuando empieza a enrojecer. No quiero que vea mis senos. Besa mis manos y mi cuello. Su aliento se impregnará a mi piel. Si Eugenio no se apura no llegaremos a Oseja antes de salir el sol. No debería escribir eso. Como no debió acercarse a mí y descubrir mis piernas, húmedas. Es el motor del coche. No, el agua del lavabo. Ni dejarse caer sobre mi cuerpo. Tengo miedo de escurrir por la pendiente y de hundirme en el río. Quisiera taparme con las cobijas y no recordar. Pero me muero de calor. Estoy sudando. Huelo a la hierba aplastada. Pedro huele a tierra y a humedad al recostarse sobre mí. No es Alicia. Ella me abraza mientras Pedro se lava en el baño. Cerró las llaves del agua. Bebimos demasiado en Ribadesella.

—(Alicia, te quiero. Ya casi amanece).

No va a llegar nadie. Yo me quedé colgada de una raíz que salía de la tierra y

Pedro me gritó que subiría por mí, para que no fuera a rodar por la pendiente hasta el río. Tenía miedo de los bichos. Quería que él subiera. Y que borrara eso del vidrio. Tenía que hablar con Alicia sin que Pedro me escuchara. Tuve miedo de la pendiente. Ella dejó de abrazarme. Luego fue al baño, a poner más agua caliente en la bolsa. Pedro me quiere. Y Alicia y Eugenio. Allá está Oseja. Ya estamos en la montaña. El desfiladero quedó atrás. Y también la barranca y la niebla. Pero el río sigue a nuestro lado. Va junto a nosotros desde hace mucho. No se aleja de la carretera. Se descubre al salir el sol. Lo veo zigzaguear. Desde el matorral no podía verlo. No quise verlo. Tuve miedo de él. Desde el matorral se ve completo Oseja. Y más arriba la montaña. La casa está abandonada en las faldas de la montaña.

—Alicia, Alicia, despierta. Ya no hay nadie en el baño. Es ya de día. Ven, vamos a ver la ermita y el campo. Nos colaremos entre las matas mientras Pedro y Eugenio vienen por nosotras para ir a Ribadesella. Al mar.

FIGURAS EN EL PAISAJE

la visión sin encuadre, la luz sin diafragma
Julio Cortázar: “Las babas del diablo”

Se escucha el clic de una cámara fotográfica. Después sólo el viento que se cuela entre los almendros desnudos. La colina está cubierta de pasto amarillo y de vez en cuando, a distancias no simétricas, aparecen manchas cafés sobre ella, manchas que producen los montículos de almendras y hojas secas caídas de los árboles. El paisaje está cubierto por una capa de pigmentación ligeramente gris que apaga el colorido. Las nubes son espesas: no se ve el sol. Al provenir de varios focos la iluminación no produce sombras definidas, por lo que resulta difícil calcular la hora. Los pinos y los almendros, entremezclados, se enfilan por dos corredores que bordean la colina. El parque tiene dos entradas con arco de hierro, una en la parte alta y otra en la baja de la colina, y varias pequeñas que atraviesan los corredores arbolados. Se escucha, entre los árboles del fondo, en la parte alta, el viento y el crujir de las ramas secas. Por el corredor del lado derecho aparece un hombre, cubierto por una gabardina clara y una gorra a cuadros. Lleva, además, lentes oscuros con arillo metálico.

El hombre camina hacia el centro de la colina, de manera que su ruta forma un ángulo recto con el corredor por el que entró. No desciende. Está de pie en el centro de la colina, en la parte alta. Echa una mirada hacia la parte baja. Después hacia el camino que se abre entre los árboles. Camina en esa dirección. Se detiene a los pocos pasos. Da vuelta y camina de nuevo hacia el centro de la colina. Se detiene y observa con meticulosidad la arboleda semidesnuda que está frente a él. El viento cambió de dirección y ya no se escuchan los ruidos ambientales que venían de la parte alta, donde se encuentra el hombre. El hombre observa con atención la arboleda. Está inmóvil. Y aparece una mujer. La ve aparecer, pero permanece inmutable. La mujer camina, corre hacia él y lo abraza. Se besan. Se dirigen hacia la arboleda de la izquierda, por la que entró aquella mujer.

Poco a poco se abre un hueco en las nubes. Una luz solar débil y rojiza proyecta la sombra de los árboles hacia la parte alta de la colina. El viento trae algunos ruidos de la parte baja. Reaparece la mujer por la arboleda del lado izquierdo, sola, despeinada. Baja a toda prisa por la colina. El sol lastima sus ojos y los cubre con la mano derecha. Sobre el pasto brillante destacan mejor los montículos cafés. La mujer disminuye su carrera, se acerca a él. Está a unos cuantos

pasos. Se detiene. Hace una mueca, que podría ser una sonrisa o una simple reacción ante la luz incisiva. Extiende la mano izquierda con los dedos juntos y la palma volteada hacia arriba. Con la otra mano retira el pelo que, a causa del viento proveniente de la parte baja, vuela sin control sobre su rostro. Está a pocos pasos de él, sin cambiar de postura ni actitud. Arruga la frente y baja un poco los párpados: el sol da ahora de lleno en su rostro. Se ha vuelto una estatua: sólo una mano extendida en espera de algo; nada más que una sonrisa congelada. Y entonces, con aparente indiferencia, levanta los hombros y sigue de frente. Va rumbo a la salida de la parte baja.

El sol ilumina la parte alta, silenciosa, vacía. El pasto enrojece apenas. Los árboles sin hojas se agitan con el viento. Los montículos de castañas y hojas secas aparecen claramente aquí y allá. Al fondo, entre los árboles de la izquierda, se encuentra un montículo mayor y de color más claro. Y algo, un arillo refleja los últimos rayos del sol junto a ese bulto reciente.

Cuando un objeto frío, metálico, que punza con suavidad su nuca, lo obliga a soltar la cámara.

FINAL TRUCADO

Bastó un instante para que las figuras se esfumaran de la pantalla tras un resplandor.

Media calle antes de llegar al cine vio entrar a Ascen acompañada de alguien, de un desconocido. Lo había esperado más de una hora. Por última vez. No volvería a caer en el juego ni aceptaría sus disculpas absurdas. (Sólo él sabría que esta vez sí eran ciertas). Así que buscó a su alrededor: penetró por unos segundos en la relación de cada pareja, en las vidas de los hombres y mujeres que guardaban solitarios su sitio en la cola de la taquilla, y decidió ofrecer el boleto sobrante (y numerado) a cualquier adolescente, al primero que se volviera por casualidad hacia ella. Luego entró (mientras él doblaba a toda prisa la esquina de la Gran Vía) sin recordar ya el rostro ni la expresión vulgar e ingenua del comprador, que sumiso la siguió y se acomodó a su lado sin soltar la mochila repleta de carpetas o libros, o lo que fuera.

Pero esta vez era distinto y no podría demostrarlo. No sería él quien comentara la película, quien rozara con sus labios la mejilla de ella al susurrar cualquier cosa sin importancia. (Poco antes de llegar a la taquilla se habían agotado las entradas). Aun así la esperaría en el café de a un lado, en la

terraza. Los celos, mientras tanto, consumían sin compasión su estómago y su sistema nervioso.

Sí, era la última vez, de eso no quedaba duda. Ascen no se dio cuenta pero el adolescente, con esa poquísima luz, la observaba: siguió los rasgos afilados de su rostro y casi pudo tocar la piel de su frente con la mirada. También fue el único que comprendió la rabia en sus ojos. Con todo, el rostro del joven no tardó en recuperar de golpe la inexpresividad y una palidez casi enfermiza.

Por más que lo intentara no lograba mantener la atención en la película. Su mente seguía a otros personajes (imaginados, recordados con imprecisión) que se alejaban y se volvían a encontrar sobre los paisajes proyectados. Sí, eran ellos dos: se metían en la trama de una historia tonta, de una ficción cualquiera. Los hechos se repetían sin cesar en distintos escenarios, al atardecer o por la mañana. Pero el entorno no modificaba en absoluto esa otra historia, la suya, quizá triste, de final imprevisto.

Antes, sólo un momento antes hubiera querido tocar el brazo de la muchacha e insinuarle que fuera con él a otro sitio. Ahora, sin embargo, el adolescente ocultó con frialdad su salida. El único testigo de la acción esperaba en una mesa del café. El

abandono inesperado del cine le devolvió la calma.

Nuevamente tuvo fe en la reconciliación. Esta vez sería sincero y ella no tendría nada que reprocharle. Cruzarían juntos la Plaza de España, abrazados. El no diría una palabra, no habría visto nada al llegar. Aunque jamás consiguiera superar la envidia hacia aquel sujeto sin nombre ni filiación posible que había estado con ella en el Coliseo, él guardaría silencio absoluto. Pero luego vino esa explosión aún no reivindicada.

Títulos publicados



Colección Mirada Ensayo

- **Blas Matamoro Rossi**
o1 - Lógica de la dispersión o de un saber melancólico

Colección Mirada Narrativa

- **Consuelo Triviño Anzola**
o1 - Prohibido salir a la calle
- **Guillermo Roz**
o2 - La vida me engañó
- **Héctor Perea**
o3 - Los párpados del mundo

Colección Biblioteca Digital

- **Rosario González Galicia**
o1 - Estudio dialectológico de nombres de plantas silvestres en la comarca de la Campiña segoviana
- **Blas Matamoro**
o2 - Malos ejemplos
- **Pedro Granados**
o3 - Al filo del reglamento. Poesía (1978-2005)